Señor para con los suyos, pues no le dijo, cuando te convirtieres, dame muchas gracias porque rogué por ti, sino confirma á tus hermanos en la fe y confianza: mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por ti he hecho.

## MEDITACION XVIII

### DEL SERMON QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO DESPUES DE LA CENA

Acabada la cena, hizo Cristo nuestro Señor á sus apóstoles un devotísimo y excelentísimo sermon, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo, de maestro, consolador y abogado. Como maestro, les exhortó á heróicos actos de virtud, como consolador, les hizo grandes promesas para su consuelo, y como abogado, rogó por ellos á su Eterno Padre, como se irá ponderando en esta meditacion y en la siguiente.

### PUNTO PRIMERO

#### Del amor de Dios.

1. Cristo exhorta á sus discípulos á amarle como él los amó.—2. Este amor se ha de mostrar en la observancia de sus mandamientos, en lo cual se encierran tres bienes: ser amados de Dios; tener el alma consigo á la Santísima Trinidad; ver á Cristo aquí por la fe y en el cielo claramente por la vision beatífica.—3. Cristo se nos propone por dechado de amor de Dios y observancia de los mandamientos.

1. Comenzando por el amor de Dios, que es el primero y supremo mandamiento, en este sermon exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles á que



le amasen, trayéndoles grandes razones para ello. Entre otras cosas les dijo: *Como el Padre me amó, así os he amado, permaneced en mi amor* (1). Como quien dice: El amor que os he tenido, no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado; y por esto os aviso que permanezcais en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que yo por vuestra culpa no deje de amaros; y procurando tambien amarme como yo os amo, porque amor no se paga sino con semejante amor, y el amor mueve á ser amado. ¡Oh amador dulcísimo, con qué palabras más encarecidas podias declarar la grandeza del amor que nos tienes, que con decir que nos amabas como tu Padre te amó! ¡Y con qué razones más eficaces nos podias mover á que te amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amas! ¡Oh si pudiese amarte con un amor semejante al tuyo, pues con tal amor quieres ser amado!

*De la obediencia á los mandamientos.*—2. Lo segundo, les dijo, cómo este amor principalmente se descubria en la obediencia y guarda de sus mandamientos, trayéndoles grandes motivos para ello. Y así les dijo: *Si me amais guardad mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, ese es el que me ama, y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y le manifestaré á mí mismo; si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y ambos vendremos á él y haremos morada en él* (2) En las cuales palabras nos enseña que el verdadero amor de Dios no está ocioso, ni vive á su libertad, sino trabaja

(1) Ioan. xv, 9. — (2) Ioan. xiv, 15-21-23.

por cumplir la voluntad de Dios, y en esto se encierran tres grandes bienes. El primero, ser amado del Eterno Padre con especiales señales de amor; y si tan gran bien es ser amado y querido de los reyes de la tierra, ¿cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo, porque nada puede faltar al que priva con tal Rey? El segundo, que el Padre y el Hijo, y por consiguiente el Espíritu Santo, morarán dentro de él, y estarán en su alma, rigiéndola, regalándola y teniendo especial cuidado de ella. El tercero, es que Cristo se les manifestará, así en esta vida por la luz de la fe, muy esclarecida con la gracia de la contemplacion, como en la otra, por la vision beatífica con que se ve á Dios claramente. ¡Oh dichosos los que aman á Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! Oh alma mia, ama obedeciendo, y obedece amando, para que te purifiques con esta obediencia de caridad y veas al que amas, y te goces con su vista por todos los siglos. Amen.

3. Lo tercero, púsose á sí mismo por ejemplo y dechado de todo esto, diciendo: *Si guardáredes mis mandamientos, permanecereis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor* (1), así en el amor que me tiene, como en el que yo le tengo. De modo, que la guarda de los mandamientos de Dios, conserva el amar nosotros á Dios y el ser amados de él, y todo á imitacion de Cristo, mirando cómo guardó él estos mandamientos, poniendo su vida por cumplirlos. ¡Oh Amado mio, deseo cumplir la voluntad de tu Padre, como tú la cumpliste, amándole como le amaste, para ser

(1) Ioan. XV, 10.



amado como tú lo fuiste! Ámete como me amas. Y pues me mandas que te ame, dame lo que me mandas, para que pueda amarte como quieres.

## PUNTO SEGUNDO

### Del amor de unos con otros.

Cristo por tres veces recomienda á sus discípulos el amor del prójimo: 1. Llamándolo mandamiento nuevo y poniendo en él la señal característica de su discipulado.—2. Llamándolo precepto suyo por excelencia.—3. Cifrando en este mandamiento todos los demás. Por qué causa repite este precepto por tres veces.

Con el precepto del amor de Dios, anda junto el precepto del amor del prójimo, al cual exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles tres veces en este sermon, con palabras muy encarecidas.

1. La primera vez les dijo: *Un mandamiento nuevo os doy: que os ameis unos á otros como yo os amé, y en esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviéredes amor unos con otros* (1). Llama á este mandamiento nuevo, porque él le renovó, que estaba muy caido, y le puso en perfeccion, y como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adan nuevo; y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios, por la adopcion de Cristo, y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. El precepto de amor antiguo decia: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo* (2). Este precepto nuevo, dice: Que le amemos *como Cristo nos amó* (3), esto

(1) Ioan. XIII, 34-35.—(2) Matth. XXII, 39, Luc. X, 27.
(3) Ephes. V, 2.

es, con la pureza y fervor, y con la intencion que él nos amó, á semejanza suya, queriendo y procurando para nuestros prójimos, principalmente los bienes espirituales aunque sea con pérdida de nuestras comodidades temporales. Y para que estimemos este amor, dice, que éste ha de ser la divisa y señal de sus discípulos, por la cual han de ser conocidos por tales, que fué decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley; los del Bautista, por ayunos y asperezas; los de los fariseos, por el vestido y ceremonias exteriores; los de los filósofos, por dichos y sentencias agudas, pero los discípulos de mi escuela, por el amor de unos con otros; y aunque puede haber otras señales, como son la fe, la profecía, los milagros y otras obras muy gloriosas; pero esta del amor es la certísima, y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sabio: Que los hijos de la divina Sabiduría, son la Iglesia y congregacion de los justos, cuya nacion y condicion propia es obediencia y amor (1), porque como las naciones del mundo se conocen por los lenguajes ó trajes, ó por los fueros y otras señales exteriores, así la nacion de los hijos de la Sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por obediencia y amor de Dios, y de unos con otros entre sí. Oh Maestro dulcísimo, dame la señal de los que cursan en tu escuela, para que por ella, no solamente yo sea conocido, sino tambien tú seas glorificado, pues la virtud del discípulo, es gloria de su Maestro.

2. La segunda vez les dijo: *Este es mi precepto,*

(1) Eccli. III, 1.



*que os ameis unos á otros como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que este, que es dar la vida por sus amigos* (1). En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora suyo; porque aunque los demás sean tambien suyos, pero éste lo es por excelencia; es suyo, porque en él funda su ley, y se preció de guardarle perfectísimamente, y porque le estima en más que á los otros; y con él hace á los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos, y con él les da sus cosas propias, esto es, su gracia y la herencia de la gloria y á sí mismo se da por suyo. Finalmente, es precepto suyo, porque él mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfeccion consiste en dar la vida, si fuere menester, por sus amigos, esto es, por aquellos á quien ama, como él la dió por nosotros. Oh Amador infinito, que diste la vida por todos, porque á todos amaste; y aunque eran tus enemigos (2), la ofreciste por ellos, para convertirlos en amigos; dame un amor tan perfecto como éste, pues no es razon quiera yo mi vida, siendo tan vil y miserable, más que tú quisiste la tuya, siendo tan preciosa y admirable.

3. La tercera vez les dijo: *Estas cosas os mando, que os ameis unos á otros* (3). En las cuales palabras claramente da á entender, que todas las cosas que mandó en su ley, y todos los demás mandamientos, están cifrados en este uno del amor, y por esto dijo: Estas cosas os mando, que os ameis; porque si os amais, con esto cumplireis todas las demás, porque *el cumplimiento de la ley, es el amor* (4). Tres veces

(1) Ioan. XV, 12-13.—(2) Rom. V, 10.
(3) Ioan. XV, 17.—(4) Rom. XIII, 10.

repite este precepto, para que esté más firme en el corazon, y todas tres le llama precepto, con no haber usado de este vocablo, cuando les encargó que le amasen, como quien dice: Para que me ameis, no será menester diga yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho, están diciendo que me ameis; mas para que ameis á vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuideis en este amor.

## PUNTO TERCERO

### De la oracion y confianza.

Tres exhortaciones de Cristo al ejercicio de la oracion.—1. En la primera manifiesta el gran poder de la oracion hecha con fe viva y esperanza cierta.—2. En la segunda les demuestra la eficacia de la oracion si va con la obediencia y amor de Dios.—3. En la tercera les promete darles cuanto le pidan en su nombre. En esta promesa se han de considerar cinco cosas: quién la hace, á quién, quién la ha de cumplir, por qué títulos, qué cosas abraza, cómo hemos de pedir.

Otras tres veces exhortó Cristo nuestro Señor á sus apóstoles en este sermon al ejercicio de la oracion, declarándoles la confianza y las demás condiciones que habian de acompañarla.

1. Lo primero les dijo: *El que cree en mí, hará las obras que yo hago, y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquier cosa que pidiéredes en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; y si me pidiéredes alguna cosa en mi nombre, tambien la haré* (1). En las cuales palabras nos enseña que

(1) Ioan. XIV, 12 et seqq.



la oracion con la fe viva y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre Eterno y del mismo Cristo, fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes á las que él hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice, que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuán de buena gana lo cumplirán ambos.

2. Lo segundo les dijo: *Si permaneciéredes en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiéredes pedireis, y dárseos ha* (1). En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia y trabazon de la oracion, con la union á Cristo por amor, y por obediencia á sus palabras; porque en manos de la voluntad, unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir; y el mismo Cristo nuestro Señor se obliga á conceder lo que pidiere; lo cual se entiende cuando quiere y pide, movida de esta divina union, y segun ella, la cual nunca quiere más de lo que Dios quiere, ni pide sino lo que da gusto á Dios, porque no tiene voluntad propia, sino la de Dios toma por suya; y por esta razon dice Santo Tomás, que siempre se cumple la oracion de los que de esta manera oran (2). Oh Dios de mi alma, concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazon; porque cierto estoy, que si te amo y obedezco, y concierto mis quereres, conforme á la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me

(1) Ioan. XV, 7.—(2) D. Th. 3, p. q. 21 a 4.

darás, porque gustas de hacer placer á quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya (1).

3. Lo tercero, les dijo: *De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiéredes al Padre en mi nombre, él os la dará; hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre: pedid y recibireis, para que vuestro gozo sea lleno* (2). En las cuales palabras con grande aseveracion les hace una solemne promesa, de que se les dará cuanto pidieren en su nombre, y luego les exhorta á que usen de ella, para que por la experiencia prueben su verdad y se gocen enteramente cuando la vieren cumplida. Para que se entienda la excelencia de esta promesa, se ha de ponderar quién es el que la hace, á quién se hace, quién la ha de cumplir, á quién se ha de pedir, por qué títulos, qué cosas y con qué modo.

El que hace esta promesa, es el Hijo de Dios vivo, cuyo nombre es fiel y verdadero (3), y la misma verdad y sabiduría infinita, que ni puede engañarse, ni engañarnos; y sabe muy bien lo que promete y lo que puede y quiere cumplir, y conviene que se cumpla, y así de todas partes es certísima.

A quien se hace la promesa, es á los discípulos de Cristo que estaban con él en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir, hácese solamente á los que creen en Cristo, y esperan en él, y desean servirle y obedecerle como discípulos, y no á los pecadores rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en este sentido dijo el otro ciego, *que Dios no oye á los pecadores* (4).

(1) Ps. CXLIV, 19, I Ioan. III, 22.—(2) Ioan. XVI, 23-24.
(3) Apoc. XIX, 11.—(4) Ioan. IX, 31.



Y el sabio dice: *Que quien cierra su oido para no oir la ley, su oracion será desechada* (1). Pero aunque sean pecadores, si desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, tambien tienen parte en esta promesa, cuando piden ser admitidos á su escuela, porque nuestro *Padre celestial da su espíritu bueno al que se le pide* (2), para dejar de ser malo; pero más especialmente gozan de ella los que permanecen en Cristo, y sus palabras permanecen en ellos, como está dicho.

El que ha de cumplir la promesa, ó á quien se ha de pedir, es el Padre; esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es Padre amoroso, cuidadoso y todopoderoso para dar á sus hijos cuanto le pidieren, mucho mejor que todos los padres de la tierra, porque da sin perder nada, y sus gustos son dar á todos. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor: *Si vosotros, siendo malos, daís á vuestros hijos los bienes que habeis recibido, ¿cuánto más vuestro Padre celestial que por su naturaleza es bueno, dará su buen espíritu á cualquiera que se le pidiere?* (3). Tambien ha de cumplir esta promesa el mismo Hijo de Dios, que nos amó tanto que murió por nosotros, y es tan liberal y amigo de dar, que se da á sí mismo, y nos manda que pidamos, por el deseo que tiene de darnos. Y finalmente, tambien la ha de cumplir el Espíritu Santo, que es un Dios con los dos, el cual, como dice el Apóstol, pide por nosotros (4), inspirándonos á pedir, por las ganas que tiene de dar.

Los títulos para pedir, son el nombre de Cristo;

(1) Prov. XXVIII, 9.—(2) Luc. XI, 13.
(3) Ibid. 13.—(4) Rom. VIII, 26.

esto es, la bondad de Cristo nuestro Señor con todas sus virtudes y merecimientos, y por los trabajos de su vida y muerte, y por los servicios que hizo al Padre, y por su gloria y honra, para que sea su nombre glorificado. De suerte, que no tengo de pedir en mi nombre, ni confiando en mi virtud, ni en mis merecimientos, ni para gloria de mi nombre, sino dejando todo esto, y desconfiando de mí, estribar en Cristo mi Señor, y ordenar lo que pidiere para gloria suya.

Las cosas que abraza la promesa, son las que son decentes y convenientes á la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y á la necesidad del que las pide para bien de su alma ó de otros para quien pide, sin poner tasa en esto; pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue, que pues Dios quiere ser largo en dar, no tengo de ser yo corto en pedir, sino pedir como quien pide al liberalísimo Dios (1), y pedir, como dice Cristo nuestro Señor: *que nuestro gozo sea lleno* (2), esto es, pedir, no principalmente cosas terrenas, que no puedan dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y esas no cortamente, sino con tanta abundancia, que llenen nuestro gozo, y harten nuestro deseo, primero en esta vida temporal, y despues en la eterna.

El modo con que se ha de pedir, es con grande fe y confianza en la bondad y liberalidad del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero, por quien se pide (3). Esta es la fe de quien dijo Cristo nuestro Señor por San

(1) D. Basil. De constit. monast., c. 1.
(2) Ioan. XVI, 24. — (3) Iacob. I, 6.



Márcos: *Tened fe de Dios* (1), esto es, una fe que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que dejando todo lo bajo de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo, y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra, y en quien él es. Esta es la fe, que en otras partes compara al grano de mostaza (2) Con esta fe se ha de juntar grande perseverancia, hasta que nuestro gozo sea cumplido, esto es, hasta que por experiencia veamos que somos oidos, y nos gocemos de ello, y alcancemos el gozo lleno que se recibe con los dones que nos dan. ¡Oh Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer, y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras; suplícote me des gracia para que te pida lo que me mandas pedir, y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno, recibiendo lo que pido, y gozándome con tus dones, y mucho más contigo, dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno, sino es teniéndote á ti, que eres mi sumo gozo, por todos los siglos. Amen.

(1) Marc. XI, 22. — (2) Matth. XVII, 19, Luc. XVII, 6.

## PUNTO CUARTO

### Razones de consuelo en los trabajos.

Cristo anima á sus discípulos á sufrir los trabajos, con las razones siguientes: 1. Con su ejemplo.—2. Por ser los trabajos señal de pertenecer al bando de Cristo.—3. Porque estos trabajos presto se han de convertir en gozo.—4. Por el grande premio que les espera en el cielo.—5. Porque en medio de los trabajos Cristo nos visita y consuela.—6. Porque aunque seamos atribulados somos amados del Padre Eterno.—7. Por las seguras prendas de salir con la victoria.

Gran parte del sermon gastó Cristo nuestro Señor en animar á sus apóstoles y consolarlos en los trabajos presentes, y en otros que despues habian de padecer en el mundo, trayéndoles muchas razones de las cuales apuntaré algunas, aunque no por el mismo órden, para que nos sirvan de puntos que meditar, y de motivos para consolarnos y alentarnos á sufrir con paciencia las persecuciones y trabajos que nos sucedieren.

1. La primera razon es, por el ejemplo de lo que el mismo Cristo padeció: *Acordaos,* dice, *de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor ó más privilegiado que el Señor: si á mí persiguieron, tambien perseguirán á vosotros. Echaros han de las sinagogas, y vendrá hora en que quien quiera que os matare, piense hace servicio á Dios, y estos trabajos os vendrán por mi causa* (1). ¡Oh dichosos trabajos, cuya causa es Cristo, y por los cuales somos semejantes á Cristo! No quiero, Señor mio, privilegio de exencion de trabajos; pues siendo yo vuestro siervo, es grande honra mia pasar por la ley que pasó mi Señor.

(1) Ioan. xv, 20, xvi, 2-3, xv, 21.



2. La segunda, porque ser perseguidos, es señal y prenda de que no son del bando reprobado del mundo; y por consiguiente, que son del bando de Cristo y de sus escogidos. *Si el mundo,* dice, *os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí. Si fuérades del mundo, el mundo amara lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo* (1). Oh buen Jesus, de tu bando quiero ser, y no del mundo; y si el mundo me aborreciere y persiguiere, de esto me alegraré, porque tú volverás por mí, pues me persigue por ti.

3. La tercera razon es, porque estos trabajos y *tristezas se convertirán presto en gozo* (2). *Así como la mujer cuando pare tiene gran tristeza y dolor, pero despues se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo* (3), y el mismo hijo, que fué causa de su dolor, es despues causa de su gozo: el dolor duró poco tiempo, el gozo mucho, y es tan grande que hace olvidar los dolores del parto; así tambien vosotros teneis tristeza por mi ausencia y por mi muerte; pero yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Teneis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza será ocasion de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada, por el fruto que de ella cogisteis: el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpétuo,

(1) Ioan. xv, 18-19.—(2) Ioan. xvi, 20.—(3) Ibid. 21.

*porque ninguno os lo podrá quitar* (1). Oh alma mia, no codicies el gozo del mundo, pues ha de parar en llanto (2); escoge la tristeza y el dolor por Cristo, pues se ha de convertir en gozo; ama las tribulaciones, y luego hallarás gozo en ellas (3).

4. La cuarta, porque en el cielo hay moradas eternas, donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor. *No se turbe,* dice, *vuestro corazon, creed y confiad en Dios, y en mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy á aparejaros el lugar que habeis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo para que donde yo estoy, allí esteis gozando de mi compañía y de mi gloria* (4). Oh alma mia, no te turbes ni aflijas con tus trabajos, porque la morada de este mundo es como de paso, y Cristo vendrá por ti en la hora de la muerte, para premiarte lo que hubieres padecido en vida, colocándote con sumos gozos en sus eternas moradas.

5. La quinta, porque en medio de los trabajos de esta vida viene Cristo nuestro Señor á visitarnos y ayudarnos; y así dice: *No os dejaré huérfanos, yo volveré á vosotros: no se turbe vuestro corazon, ni tema, pues os he dicho que voy y vengo á vosotros* (5); *un poco no me vereis, y de ahí á poco me vereis, y se gozará vuestro corazon, y ninguno os podrá quitar el gozo que yo os diere* (6). ¡Oh Padre amantísimo, que nunca dejas huérfanos á tus hijos, aun cuando á su parecer estás ausente de ellos, porque nunca lo estás para mirar por su bien, deseo no me turbar con mis trabajos, pues tan presto has de venir á visitarme y

(1) Ioan. XVI, 22. — (2) Prov. XIV, 13. — (3) Iacob. I, 2.
(4) Ioan. XIV, 1-2-3. — (5) Ibid. 18-27-28. — (6) Ioan. XVI, 16-22.



consolarme en ellos! Dame, Señor, el gozo interior, del cual, ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar; porque poseyendo este gozo, me será sabroso cualquier trabajo.

6. La sexta, porque aunque sean atribulados, son amados del Padre Eterno. *Cuando yo,* dice, *no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creisteis que salí de Dios* (1). Como quien dice: No os turbeis ni temais, ni perdais la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que pareciéredes por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama, por el amor que mostrais en padecer por mí; y si el Padre os ama, él os amparará y consolará; pues un Padre tan amoroso y poderoso, no puede faltar al consuelo de sus hijos. Oh Padre amantísimo, no quiero otro consuelo en la tierra, sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar.

7. La séptima razon de consuelo es, por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria de todos los enemigos que nos persiguen. *En el mundo,* dice, *tendreis apretura, pero confiad, que yo vencí al mundo* (2). Esto es, yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y á la muerte; y en virtud de mi victoria podeis seguramente confiar que vencereis, pues yo vencí para vosotros, y estoy en vosotros peleando para vencer. *Gracias te doy, Padre Eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo* (3); y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella,

(1) Ioan. XVI, 26-27. — (2) Ibid. 33. — (3) 1 Cor. XV, 57.

no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla.

Otras razones de consuelo trae Cristo nuestro Señor, fundadas en la venida del Espíritu Santo.

## MEDITACION XIX

### DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Á SU PADRE AL FIN DEL SERMON DE LA CENA

Esta oracion de Cristo nuestro Señor, es un vivo y perfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oracion fervorosa y excelente, cuanto á las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar y el órden que en esto ha de haber. Reducirla hemos á tres puntos, por tener ella tres partes (1); porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas; luego oró por sus apóstoles que tenia presentes y estaban á su cargo, y despues por todos los escogidos, y por todos los fieles que habia de haber hasta la fin del mundo; y este órden pide la caridad bien ordenada, y es el que debemos guardar en la forma y manera que Cristo nuestro Señor le guardó.

(1) D. Thom. 3, p. q. 21 a 3.



### PUNTO PRIMERO

1. Reverencia de Cristo en esta oracion.—2. En ella pide ser clarificado.—3. Cómo hemos de imitarle en esta oracion.—4. Títulos que Cristo alega para ser oido. Dos frutos que podemos sacar de esta última consideracion.

Estando Cristo nuestro Señor en pié en presencia de sus apóstoles, levantando los ojos al cielo con voz clara, oró á su Padre por sí mismo, diciendo: *Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á ti* (1).

1. Aquí se ha de ponderar lo primero, la reverencia interior y exterior con que Cristo nuestro Señor oraba, la devocion que mostró levantando los ojos al cielo, la voz tan tierna, y palabras tan regaladas y sentidas que decia, para enseñar á sus apóstoles con este ejemplo cómo habian de orar, y para consolarlos con el cuidado que de ellos mostraba tener.

2. Lo segundo, se ha de ponderar lo que pidió en esta oracion; es á saber: que fuese clarificado en el tiempo de su pasion con milagros, para que se descubriese que aunque padecia cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Item, ser tambien clarificado con la claridad y gloria de la resurreccion y ascension á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese que no pedia esto por su propia honra, añade: Pídolo, Padre, para que tu Hijo te clarifique á ti, èsto es, para que por mi glo-

(1) Ioan. XVII, 1.